

III

LOS BOHEMIOS

El paseo resultó de los más melancólicos debido al poco regocijado estado de alma en que se hallaban los paseantes y además, á la caída de la noche sobre aquellos siniestros extramuros y aquella llanura desierta. Atravesaron el río y bajaron por la orilla opuesta, atravesando una región abandonada por aquel entonces, la llanura de March donde perecieron tantos valientes y donde el casco de los caballos tropieza aún con huesos de héroes, región que tiene por límites á Essling, Aspern y Wagram y que si bien es cierto que presencié el triunfo de Napoleón, también lo es que asistió en el siglo trece á la prodigiosa derrota de Ottocar, rey de Bohemia. Cuando los viajeros se hallaron cerca de la isla Lobau, vieron de pronto, agrupados en una especie de circo donde parecían estar como en su propia casa, numerosas agrupaciones de bohemios que empezaban á encender vivacs. Habíanse instalado según la costumbre de las grandes hordas cuando atraviesan país desconocido y todo lo temen de los extranjeros. Unas cincuenta barracas ambulantes servían de trinchera y

en la mitad habían levantado las tiendas de campaña. Tan pronto como advirtieron la llegada de los viajeros, unas jóvenes de tez bronceada, grandes ojos encendidos, cubiertas con horribles harapos, avanzáronse hacia ellos saltando y acompañándose al son del tamboril. Se hubiera dicho que las habían colocado allí como centinelas y que la música que tocaban servía más para advertir á los gitanos de la súbita visita que les llegaba, que para regocijar los oídos de los viajeros.

Al oír ese aviso, los primeros que acudieron fueron chiquillos medio desnudos que se levantaron de sus lechos de inmundicias para venir hacia la amazona, con las manos extendidas, á decirle :

— Un para, señora, un para!

Stella, Magno y Juanillo continuaban avanzando. Al entrar al campo Stella lanzó un grito salvaje que en lugar de asombrar á los bohemios, volviolos de nuevo á sus ocupaciones. Parecía como si aquel grito les hubiese dicho de qué se trataba.

En esa forma pudo la amazona, sin ser molestada, atravesar todo el campamento. Magno, que conocía muchas tropas de gitanos no recordaba aquella, que era muy miserable, compuesta por todo un pueblo de *laïssi* que no tenía la costumbre de frecuentar.

En cuanto á Juanillo, examinaba todas aquellas figuras salvajes con poca tranquilidad.

Véanse á la luz de un ardiente brásero, hombres de tez bronceada, y mirar de fieras que hacían gemir el hierro bajo sus martillos, cual verdaderos ciclopes. Y no eran aquellas, gentes que trabajan en menudas labores de cerrajería ó calderería, sino forjadores de picas, que sacaban encendidas de los hornos y cuyo acero entonaba una canción tan pronto como las su-

mergían en los calderos llenos de agua y en derredor de los cuales se amontonaba un humo negro y mal oliente.

Mujeres sentadas en corro fumaban la pipa y entonaban canciones de ritmo extraño. Una vieja, sentada sobre una piedra en un rincón y con los codos en las rodillas y los dos índices extendidos, auguraba el porvenir á una pareja de amantes.

Algunos adolescentes arrojaban leña á los fogones donde se confeccionaba la comida sobre tres palos dispuestos en forma de pabellón.

Y nadie dejó sus ocupaciones mientras pasó Stella con sus dos compañeros. Mas al oír el grito que lanzó la amazona al penetrar en el campamento, entreabrióse la tienda del *jude*, la tienda del jefe, colocada en medio de aquella singular aglomeración y apareció una figura bajo el harapo de su puerta de cuero.

Precisábanse los rasgos de aquella figura á medida que avanzaban Stella y sus compañeros. De pronto exclamó Magno :

— El hombre de la cabeza de ternero!

Y saltó sobre el bulto que desapareció. Magno, que desconocía todas las disciplinas al hallarse frente al hombre que le arrebató su felicidad, preparábase ya á penetrar en la tienda cuando se sintió como enclavado en el suelo al divisar sentado en la silla de los antepasados al propio anciano Omar! Augusta visión, momento solemne! El abuelo de las tribus, en su inmovilidad, tenía toda la majestad de la piedra : era un orgulloso bloque de humanidad, cuya piel curada por innúmeros años parecía más negra por el contraste formado con la blanquísima barba que, como ya dijimos, era muy larga y parecía una de esas que tanto aprecian los pintores sagrados.

Sobre su frente lucía la corona de hierro del *jude* de

Valaquia, cuya autoridad sobre los demás *judes* es reconocida por todos los gitanos del mundo. Solo el propio *Gran Coesre*, el *Dios rubio*, puede impartir justicia en su presencia.

Dos panoplias cruzaban sus armas sobre el espaldar de su silla y dejaban ver de lado y lado sus masas de hierro, enormes y puntiagudas. Apoyábase su mano derecha sobre un venablo y su izquierda sobre la rodilla.

Era su traje el de un bandido, haraposo y con las botas caídas. Y parecía aquella miseria tanto más amenazadora cuanto que se hallaba enmarcada por riquísima decoración. Con efecto, el interior de la tienda del *jude* de Valaquia estaba ornamentada con cueros suntuosos, cueros de Hungría, cueros de Transilvania, pero sobre todo con cueros de Valaquia que sumergen primero en un baño mezclado con harina de cebada, sal y levadura de trigo y luego pintan con bermellón é incrustan con oro opaco. Armas y trofeos colgaban de aquellas paredes de tela. Dos braseros de azul llamada alumbraban al viejo Omar y su venablo.

El enano Magno quedóse en el umbral de la tienda. Franqueó el paso á Stella que se desmontó y entró seguida por Juanillo.

El viejo Omar dejó que se le acercara la Reina del Aquelarre sin hacer ningún movimiento y Stella dobló respetuosamente la rodilla é inclinó su hermosa cabecita rubia.

Entonces el *jude* golpeó dos veces con su venablo el suelo endurecido y la joven se levantó; el *jude*, dejándola de pie, hablóle así :

— Esperaba al Dios rubio ; la « cabeza de ternero » me anunció su venida.

Y dirigiéndose á Juanillo y al enano Magno que permanecían humildemente tras de Stella, agregó :

— Veo, hijos míos, que habéis desempeñado bien vuestra misión, ya que me traéis al *Dios rubio* sano y salvo á pesar de los peligros del camino.

Stella respondió :

— *Jude*, han merecido bien de las tribus porque no me han abandonado.

— Ello se les tendrá en cuenta, dijo el viejo Omar con ruda voz. Continúad, hijos míos, vigilando cuidadosamente á vuestra reina si en realidad tenéis deseo de conservar vuestros carapachos.

Dijo esto con risa infernal que sólo se conoce en el infierno. Juanillo se estremeció de pies á cabeza y ahora que sabía que el viejo Omar se hallaba tan cerca de Viena, daba gracias á la buena estrella que les había hecho encontrar, tanto á él como á Magno, y en momentos tan decisivos al *Dios rubio*.

— Ahora salid y esperad á nuestra reina en la puerta !

Pero sucedió que en ese mismo momento llenóse la tienda de un tumulto extraordinario : gritos agudos, clamores espantosos, ruido de lucha que hicieron volver la cabeza al *jude*, á Stella y á Juanillo, quienes divisaron dos cuerpos que rodaban por el suelo enlazados de muy extraña manera. Eran Magno y « la cabeza de ternero » que trababan amistad de nuevo. El *jude* descargó sobre el grupo un fuerte golpe con su venablo puntiagudo, que le traspasó una de las orejas á « la cabeza de ternero », quien se levantó sollozante y Magno soltó su presa. El *jude* pidió explicaciones con toda tranquilidad y enteróse de que « la cabeza de ternero » le había robado la mujer á Magno. Entonces se levantó el *jude*, cosa que parecía imposible á primera vista dada la extrema senilidad de Omar, pues Omar y su silla parecían una sola escultura. A pesar de eso

levantóse Omar y cedió la silla al Dios rubio, según el ritual, pues se trataba de impartir justicia y el *jude* no podía hacerlo en presencia del Gran Coesre.

Stella ocupó la silla de Omar y arregló rápidamente el conflicto según las disposiciones del Evangelio gitano que, á semejanza del de San Pedro, permite robar y traicionar al prójimo, siempre y cuando que éste no lo advierta. Pero como Magno advirtió el robo de su mujer, perpetrado por « la cabeza de ternero », debía declararse culpable á « la cabeza de ternero ». En esa forma dictó su sentencia el Gran Coesre, bajo sus cabellos rubios, y el viejo Omar la aprobó meneando su cabeza centenaria « La cabeza de ternero » fué condenada restituir su mujer á Magno. Mas el delincuente replicó que la Señora Magno, después de haber engañado con él al enano paralelepípedo de cinco patas, lo había abandonado y había marchado con el Hombre-Tapir y que él ignoraba su paradero.

El Gran Coesre no tenía nada que responder á aquello y dijo que aguardaran á reunirse en la Puerta de Hierro. Con efecto, todas las sentencias dictadas por los *jude*s, para que se ejecuten plenamente, deben ser confirmadas durante la solemnidad anual en que se reúnen los principales jefes gitanos en las grutas de la *Puerta de Hierro*, á orillas de Danubio, so pena de espantosos castigos. Por tal motivo « la cabeza de ternero » no se hallaba contento, ni Magno tampoco al saber la nueva infidelidad conyugal. Mas el viejo Omar con palabras consoladoras hizole comprender que cuando uno era cornudo lo era por largo tiempo la mayor parte de las veces y que por consiguiente lo más cuerdo era resignarse. Salieron de la tienda los dos litigantes seguidos por Juanillo. Esas son las costumbres gitanas.

Omar y Stella quedáronse á solas. ¿Qué se dijeron? La conferencia fué breve.

Cuando Stella reapareció en la puerta de la tienda, ya había cerrado la noche y en la dirección de Viena se veía subir hasta el cielo una gran llamarada. Sin duda alguna era la antorcha de la rebelión que prendía fuego á la ciudad!

Omar permaneció en su tienda, mas de pronto se oyó tras de la puerta de cuero el sonido de su cuerno antiguo.

Así se oye resonar alegremente el sonido de los cuernos gitanos cuando regresan del campo. Mas aquella noche el cuerno antiguo del viejo Omar no resonó como el canto pastoril de Rumelia, sino como grito de alarma, como grito de guerra! Instantáneamente irguiéronse las sombras gitanas á la luz de los vivacs. Stella montó de nuevo á caballo y seguida por Magno y Juanillo volvió á atravesar el campamento. Obedeciendo sin duda á la orden del cuerno del viejo Omar ó á una comunicación rápidamente transmitida de grupo á grupo, congrégase toda una tropa de bohemios prontos á acompañar á la Reina del Aquelarre. Acuden hombres, mujeres, niños, y á la luz de los vivacs se les vé armarse de picas y cuchillos. Más de doscientas sombras hormiguan en derredor de la amazona, sombras terrificas de gestos inquietantes, figuras trágicas, perfiles hoscos, divisados, durante un momento y que vuelven á hundirse en la oscuridad, que pueblan en silencio.

La extraña caravana se pone en marcha sin que se haya pronunciado una sola palabra, sin que un solo grito haya turbado la oscuridad y se dirige, misteriosa y amenazante, hacia el horizonte iluminado.

Stella conduce aquella legión de demonios. Los lleva

por el camino que recorrió momentos antes con sus dos compañeros... Atraviesan la llanura, la March desierta...

... Y helos ahora á todos siguiendo la orilla del río cuyas aguas pesadas reflejan los siniestros resplandores del incendio.

¿En cuál de los barrios de la ciudad habrá prendido el fuego la antorcha del Señor de Riva ó la de los revolucionarios? ¿Dónde se baten?... ¿De dónde vienen esos rumores, esos disparos, esos sordos clamores?... Se experimenta la sensación de que algo muy grave debe ocurrir no lejos de allí, sin duda detrás del canal, quizás en las callejuelas que rodean el hotel de los Inválidos... Pero el barrio que atraviesa la legión fantasmagórica no está custodiado... Seguramente han tenido que concentrar todas las fuerzas de la policía en otro lugar.

Hízose más rápida la marcha, aunque siempre silenciosa y en pocos momentos desembocaron los bohemios en las avenidas del Prater.

Allí no se veía ni una luz... ni un farol de gas... Todo estaba apagado en aquellos follajes ordinariamente tan alegres con sus establecimientos de placer que en aquella noche sólo eran sombras muertas.

Antes de llegar á la avenida principal lanzó un silbido la amazona y la tropa toda detúvose simultáneamente. Stella apeóse de nuevo del caballo que confió á Magno y á Juanillo; luego deslizóse entre los grupos y cambió con ellos rápidas palabras en lengua gitana.

Hallábanse en aquel momento al abrigo de árboles sombríos, espesos, enmarañados que no dejaban pasar ninguna luz... Toda la legión de nómades desapareció tras de los árboles.

Y sólo se divisa un perfil femenino que avanza deli-

30426

beradamente hasta el muro de una que se halla en la parte trasera de una gran cervecería, uno de los cafés más á la moda en Viena, que en aquel momento se halla silencioso y sombrío como los demás establecimientos del Prater: El Restaurante Paumgartner.

El muro tiene una puerta á donde golpea Stella por tres veces seguidas y pronuncia el santo y seña de aquella noche: *Constitución*. Ábrese la puerta y vuelve á cerrarse una vez que ha entrado Stella. La joven se encuentra frente á frente con el propio Paumgartner, que tiene un bello perfil de oficial, permanece siempre erguido como en la parada y tiene ojos que miran de frente como acostumbra á mirar los militares, ojos que en todo tiempo han inspirado confianza. Al oír el santo y seña deja pasar á Stella sin ocuparse más de ella. La joven atraviesa un jardín sin ver á nadie, sin hablar á nadie. Empuja una puerta que se abre en una gran construcción cuyas ventanas están cerradas. Un candilejo alumbraba una oscura escalera que se hunde en la tierra. Stella baja por allí y luego sigue por un largo corredor en cuya extremidad se vé una luz. Llega hasta la extremidad del corredor, empuja otra puerta y se halla en un salón de billares.

Dos jugadores en mangas de camisa juegan un chico. Otro jugador, de pie ante el tablero, apunta las carambolas. Al ver entrar á aquella mujer embotinada, envuelta en su manto como un mosquetero, vuélvese hacia el tablero y grita una cifra.

Enseguida cesa el ruido de una viva discusión que sostenían en un salón contiguo otros jugadores de billar. Llámase aquello *la bodega* del establecimiento Paumgartner donde se reúnen unos cuantos jugadores empedernidos, consiguiendo así que les dejen entregarse á su ejercicio favorito con toda tranquilidad,

ventaja que seguramente no disfrutarían en los salones del primer piso, generalmente frecuentados por curiosos que interrumpen con intempestivas reflexiones, los chicos más serios.

Son tres los salones del subsuelo, todos contiguos y comunicados, sin que se pueda penetrar al segundo sin pasar por el primero, ni al tercero sin pasar por el segundo. Llena aquellas piezas opaca humareda, pues los jugadores fuman, y un cliente novicio no dejaría de asombrarse ante el espectáculo que presentaban aquellas figuras extrañas, divisadas de trecho en trecho entre la bruma. Y además, ¡cuán singulares eran esos jugadores!... Algunos vestían trajes de encendidos colores como los que aun se usan en las regiones del Bajo Danubio ó en los Cárpatos. Y cuán extraño es el efecto que tales figuras producen en derredor de un billar!

Contemplad á esos hombres de cuyos cinturones cuelga el machete envainado en cuero; su puesto no es ese, mejor los imagina uno rodeando una diligencia en un camino real. De vez en cuando distingúense junto á esas fisonomías de bandidos, plácidos semblantes de burgueses con levita, cuello y corbata.

Todos aquellos sujetos inmovilizáronse al oír el grito del apuntador, mas inmediatamente después pusieron de nuevo á jugar con entusiasmo. Sólo se oyó el choque producido por las bolas de marfil al encontrarse en los tapices verdes.

Avanzó Stella hasta el umbral de la segunda pieza y dijo:

— *Las dos y cuarto!*

Luego atravesó por entre la humareda y empujó la puerta que conducía al tercer salón sin que se opusieran á su intento... Hallábanse en aquella pieza cerca

de treinta sujetos de tipo muy semejante al de los que se hallaban en los salones anteriores, pero que no jugaban ni fumaban. Hablaban en voz baja con aspecto poco regocijado. Estaban sentados en derredor de una mesa cubierta de papeles, que desaparecieron tan pronto como apareció aquella mujer á quien no esperaban.

Levantáronse todos amenazantes y alguno preguntó :

— ¿Quién eres?

Stella lanzó una mirada sombría á aquellos hombres que no supieron guardar fidelidad á la federación y que tan vergonzosamente se dejaron arrastrar por la política de Brixen. Rosolvió perderlos y arrojar sus cadáveres á las piernas de toda la diplomacia del primer ministro del imperio. Y no debe perderse de vista que esa honrada hecatombe no dejaría de ser una advertencia para los delegados futuros.

Con voz vibrante respondió á la pregunta del conjurado :

— Soy la Hora Roja!

Y entreabriendo los pliegues de su manto, aparecióles en su traje fulgurante de túnica escarlata con brandeburgos, látigo anudado sobre el pecho en forma de cadena, botas amarillas y todas las insignias del Gran Coesre : el *Kandjar* luciente y al cinto las pistolas ricamente damasquinadas.

Se oyó un grito unánime :

— La Reina del Aquelarre!

— La misma, Croacios, Eslavos, Magiares, Tchecos, Bosnios, Italianos y los que venís de Dalmacia... Soy la Reina del Aquelarre, la misma que os anunciaron. Yo, vuestra amiga y aliada, la heredera de Reinaldo, que viene á deciros :

« Ha llegado la hora de marchar en pos del ban (1). »

— El ban murió! exclamó una voz apagada. Sólo que haya resucitado Reinaldo!

Todos repitieron inclinando la cabeza :

— El ban murió!

— El ban murió, viva el ban! exclamó la joven avanzando hacia ellos con aspecto tan amenazante, que algunos retrocedieron.

Los ojos de Stella echaban chispas. Ah! cuán bella estaba en esa actitud! La nobleza de las líneas y la grandeza del ademán correspondían á la expresión de la fisonomía y maravillaron á todos los circunstantes.

La instantánea vibración de aquella alma generosa produjo un efecto terrible en esos espíritus que ya lamentaban amargamente haberse dejado seducir por la sucia combinación de Brixen y sentíanse desamparadas aquellas conciencias que se habían traicionado mutuamente después de haberse jurado fidelidad eterna.

La joven, cuya mano temblaba de entusiasmo al empuñar el *Kandjar*, tenía aspecto de inspirada; ardía á los conjurados culpables con sus palabras como si les aplicara un hierro candente.

— Viva el ban! continuaba Stella. La raza de Reinaldo no se ha extinguido porque el polvo de los héroes es inmortal. Un nuevo *ban* nació para que fuera vuestro ídolo y os condujera á la batalla. Es el hijo del Dios de los ejércitos. Con una sola palabra que pronuncie, con una sola señal que haga, doscientos mil hombres se incorporarán en las orillas del Danubio y hasta las mujeres y los niños empuñarán las armas. Nació para

(1) Título que correspondía antiguamente á los jefes de las Marchas húngaras. Existían los bans de Croacia, Eslavonia, Bosnia y Sjorenj. Sus poderes eran ilimitados. Eran como los margraves, jefes de la autoridad civil y militar.

venir á deciros : « Id con Dios y volved héroes (1) ». El todopoderoso la protege por dóndequiera que va. Entre la lluvia de bombas y balas no le tocará á él ni una bomba, ni una bala. Jamás le hirieron y nunca saldrá herido porque la mano de Dios protege su vida! *Zivio ban!* (2).

— *Zivio ban!* respondieron voces broncas que luego agregaron :

— ¿Dónde está el ban?

— ¿Que dónde está el ban? Pues entre vosotros. Os ha hablado todos los días; ha reanimado vuestro valor y vuestra esperanza! Apartó á vuestros corazones de las emboscadas de la traición y reconfortó vuestra santa alianza! Bien le conocéis, es bello como Jesús y joven como el amor, se llama Reginaldo!

— Reginaldo es un niño!

— Es vuestro jefe. Fué educado para gobernar á los de la Puerta de Hierro.

Algunos preguntaron, moviendo la cabeza :

— ¿Dónde se halla?

— ¿Dónde ha de hallarse? contestó Stella con voz vibrante. *En el lugar donde os espera!* En el lugar donde debíais estar á estas horas!...

— Es un proyecto insensato... dijo una voz que resonó de manera singular entre el silencio.

— Os espera para conducirnos ante aquel que todo lo puede y que debe escucharos! Si no acompañáis al ban, la Reina del Aquelarre no le abandonará! Los dos solos penetraremos en el palacio y vuestros pueblos dirán que fuisteis traidores!

Escucháronse murmullos; algunos decían : « Ire-

(1) Así hablaban los soldados de Jellachich de su jefe bien amado en 1848.

(2) *Zivio ban!*... Viva el ban!

mos!... Hablaremos con el emperador! Nadie pone en tela de juicio la honradez de nuestro propósito!... Preciso es que nos escuche el emperador!... Juramos no regresar á nuestros hogares antes de ver al emperador ».

Otros agregaban : « Ese es un proyecto insensato! Nos prometieron, para llevarlo á buen fin, que convertirían al emperador en un niño sin voluntad!... Y lo cierto es que la revolución está vencida en Viena, han abandonado las barricadas, los estudiantes no salen del *Aula* y las tropas de Riva han aplastado á los últimos insurrectos. ¿Qué pretendéis que hagamos? »

— Los que así se expresan son amigos de Brixen! clamó Stella, y si es preciso, les haré tragar sus palabras cobardes. Desenvainó el kandjar que lució con fulgor de rayo entre su manecita nerviosa. Luego gritó :

— Á mí los « dos y cuarto »!

Algunos de los personajes que llenaban el segundo salón acudieron á aquel llamamiento. Sólo continuaron jugando al billar en el primer salón los tres guardianes de la entrada de la bodega. Stella dejó caer su capa y todos reconocieron á la Reina del Aquelarre. Recordóles con sucintas y fustigantes palabras que el ban Reginaldo esperaba á los conjurados en el subterráneo de la iglesia de los Agustinos y que entre los amigos de la bodega había algunos tan cobardes que no se atrevían á ir á acompañarlo, so pretexto de que la rebelión tocaba á su fin en Viena. Con rabia de leona, díjoles :

— Os han engañado! Acabo de atravesar la plaza de Lobknitz. Todos nuestros hombres están listos á facilitar la entrada de la iglesia, si ello fuese necesario; mas el barrio está casi desierto, vigilado tan sólo por unas pocas patrullas impotentes, pues las tropas todas

de Riva se hallan en este momento en el hotel de los Inválidos, al cual se le prendió fuego por orden mía. La Augustinerstrasse puede dar paso libre á una tropa decidida. El momento es propicio puesto que os lo dice la Reina del Aquelarre, que es vuestra aliada. Nada resistirá al empuje de la alianza entre el *ban* y el *Gran Coesre*. ¿Ignoráis acaso qué propósito nos une? He traído á mis leones, que se hallan en la puerta y os acompañarán. ¿Pero han de acompañar carneros?

— *Zivio ban! Zivio ban!*... Viva la Reina del Aquelarre!

— Mi pueblo, prosiguió Stella, espera desde hace siglos que el reloj de la historia marque la hora roja que va á tocar! Mi pueblo también os conducirá ante el emperador y morirá por vosotros en el campo de batalla! Gitanos, venid á mí!... Pueblo de esclavos, pueblo de héroes, levántate!... ¿Escucháis la marcha de mi pueblo? ¿Oís el paso de los innumerables gitanos sobre la tierra resonante? La raza maldita se ha puesto en marcha y ocupa los caminos en las cuatro direcciones del universo. Mis tropas invadirán vuestras llanuras y vuestras montañas. Los perseguidos se aproximan más numerosos que los astros del cielo y han de brillar sus cohortes como constelaciones! Que se lo trague la tierra, como se tragó el mar Rojo á Faraón, al gitano que no dé crédito á la palabra de la Reina del Aquelarre!

Los gitanos allí presentes exclamaron :

— *Zivio ban! Zivio ban!*... Viva la Reina del Aquelarre!

Y los que aun dudaban, empezaron á sentirse quebrantados.

En veces dirigíase Stella á los Croacios, otras á los Eslavos, ora á los Dalmacios, después á los Magiares ..

A estos últimos especialmente les habló con fuego :

— Oh! Magiares! Recordad que la Hungría es la única nación que no ha colocado á los gitanos al margen de la humanidad. Vosotros nos disteis tierras, privilegios, derechos, jefes y nos colmasteis de beneficios. Fué preciso que la casa de Austrasia ocupase el trono de San Esteban para que todo aquello nos fuese arrebatado. Y después los gitanos no han encontrado, en el círculo de las naciones, una sola piedra donde reclinar sus cabezas. Pero nada han olvidado y puesto que vosotros también sois esclavos, vendrán á romper vuestras cadenas! En verdad os digo que la peste se ha puesto en marcha y que ha de devorar el viejo cadáver austrasiano como los piojos de mar devoran los esqueletos sobre la arena de la ribera!

Los Magiares gritaron para decidir el ánimo de Croacios y Eslavos :

— *Zivio ban! Zivio ban!* Viva la Reina del Aquelarre.

Mas los Eslavos, en cuya memoria estaba aún latente el recuerdo de los combates sostenidos contra los Magiares, no se decidían. Viendo lo cual Stella sacó de entre el seno el relojito con la inscripción en caracteres góticos y en lengua gitana :

A las dos y cuarto
Y del tiempo al son :
Que Jesús se encuentre
En tu corazón!

— Ha llegado la hora roja, dijoles. La hora que ha de vengar á Reinaldo á quien tanto amasteis. Por ella jurasteis vengarle. ¡Que cada Esclavo haga flotar al viento su estandarte! que requiera su espada de héroe y salte sobre su corcel de batalla! Adelante, hermanos; Dios nos protegerá! Y si el cielo no quiere ó no puede

prestar auxilio á nuestra causa, lo pediremos al infierno, como saber que soy la Reina del Aquelarre! (1) Acudid todos al llamamiento, acercaos, Magiares, Ilirios, Slowaks! Venid á entusiasmaros con la música del cañón! Acercaos, que os llaman el redoble del tambor, los toques de corneta, el choque de las espadas! Adelante, hermanos!

Los Eslavos, electrizados también por la ardiente palabra que cantaba himnos de triunfo en la boca de la joven guerrera, repitieron:

— *Zivio ban!* Adelante! Viva la Reina del Aquelarre!

Ella prosiguió:

— Todos moriréis si no consentís en seguirme. Esta noche el emperador *se hallará encerrado entre sus promesas y entre nuestros brazos...* Nada temáis porque en verdad os digo que está más débil que un niño!

En aquel momento dos delegados federales, vestidos con levita burguesa y cubierta la faz por mortal palidez, viendo que no había medio de sustraerse al movimiento que arrastraba á los demás conjurados tras de la Reina del Aquelarre, delegada de los bohemios, levantáronse y dijeron:

— Nosotros jamás hemos prestado juramento por « las dos y cuarto ». No obstante estamos listos á acompañaros siempre y cuando que los « dos y cuarto » cumplan *la promesa que nos hicieron.*

— ¿Cuál promesa? preguntó Stella temblorosa, pues ya presentía todo el horror de la palabra que iban á pronunciar.

— Los « dos y cuarto » nos dijeron: « Esperad un acontecimiento en comparación del cual la muerte de María Luisa no tiene importancia ninguna. »

(1) En la misma forma y ante la asamblea de patriotas de Pesth invocó Kociusko el apoyo del demonio.

Stella palideció tanto como los dos sujetos de levita.

— No continuéis esperándolo, contestóles con voz apagada, porque ya tuvo lugar ese acontecimiento. *Le consumó el crimen.*

Y sirviéndose de la empuñadura de su kandjar como de una cruz, extendió la mano sobre ella y dijo:

— Juro que el que hirió no hirió por orden mía! Sólo Dios lo conoce y quizás obró en nombre de Dios!... El Archiduque Adolfo, el príncipe heredero del imperio de Austrasia, murió ayer asesinado!

Ante aquella terrible noticia que la policía del Señor de Riva había logrado mantener secreta, produjose primero estupor, luego oyéronse clamores... por un lado feroz alegría... por el otro pánico espantoso... mas en todos brilló la esperanza. Era el último golpe descargado sobre la casa de Austrasia. El coloso debía tambalearse en el fondo de la Hofburg! Los delegados no opusieron más resistencia y dejáronse arrastrar por el turbión que precipitaba ya á todos esos salvajes de la diplomacia fuera de la bodega.

— A la Hofburg! A la Hofburg! Desocupáronse los salones. Sólo se oían estas palabras: « Adelante! Adelante! Reginaldo nos espera!... *Zivio ban! Zivio ban!* A la Hofburg! »

Y era tan grande el tumulto que nadie oyó el grito de victoria lanzado por la Reina del Aquelarre que barría con su kandjar á los pusilánimes que no se daban prisa en salir.

— A la Hofburg, traidores!

Cuando se hallaron fuera los conjurados, en la Haupt-allée del Prater, detuviéronse de pronto, sorprendidos y aterrados y creyéndose ya traicionados. Algunos creíanse ya prisioneros y se aprestaban á trabar combate cuando resonó la voz de Stella.

— Son los « piojos de la ribera » que os prometí, díjoles. Sólo desean devorar! Malhaya á aquel que logren alcanzar los soldados del viejo Omar, guardianes y defensores de la fe de « los dos y cuarto ». Adelante!

— *Zivio ban!*

La tropa de conjurados, custodiada por la tropa de bohemios, rompió la marcha en pos de la Reina del Aquelarre que llevaba de nuevo, á lado y lado, al enano Magno y á Juanillo.

El pecho de la amazona inflábase casi hasta reventarse al impulso de los latidos de su corazón regocijado y vindicativo.

— No escapará uno solo, rechinaba ella entre sus dientes de perro joven. Vigiladlos bien, « piojos » del viejo Omar!

En esa forma atravesó el Prater la pandilla... Si el Señor de Riva la hubiese visto pasar, de seguro se habría aterrado! Vaya una patrulla! Ah! los bohemios ejercían buena vigilancia sobre los señores delegados federales!

Envueltos en sus harapos, avanzaban á grandes pasos, silenciosos é inevitables como el destino. Sus pies descalzos no hacían resonar la tierra. Parecía aquello más bien una ronda de pájaros nocturnales, un vuelo funambulesco de lechuzas.

IV

LA IGLESIA DE LOS AGUSTINOS

La pandilla llegó sin tropiezos hasta la plaza de Lobknitz, junto á la cual se yergue el pórtico de la iglesia de los Agustinos, parroquia de la corte. Durante el camino no hallaron ningún obstáculo. No se halló entre la oscuridad ninguna patrulla que hubiera podido dar la señal de alarma. Es lo cierto que si la policía del Señor de Riva se hubiera propuesto desembarazar de todo obstáculo la marcha de los delegados federales y sus acólitos hasta la iglesia de los Agustinos, no por eso se habría efectuado la expedición con más tranquilidad. No obstante de los otros barrios llegaba un prolongado clamoreo y el cielo continuaba incendiado en la dirección del Hotel de los Inválidos.

Fué la Reina del Aquelarre quien llegó primero al umbral de la iglesia. Golpeó dos veces en la puerta con la empuñadura de su kandjar. Los dos golpes resonaron bajo las bóvedas de la fábrica y las pesadas hojas se entreabrieron. Stella lanzó atrevidamente su caballo por la nave de la iglesia como siempre lo hicieron los jefes de los Hunos y de los Tártaros, sus tatarabuelos; mas como era piadosa como todas las gitanas, hizo la

señal de la cruz y tras ella penetró toda la pandilla. En un instante llenóse la iglesia de demonios.

Cuando los pocos delegados burgueses que tomaban participación en aquella conspiración nacida entre la fiebre de la revuelta y entre el tumulto de las barricadas, advirtieron, á la luz inquietante de unas pocas lámparas, qué clase de figuras temibles, terribles y espantosas les rodeaban, agitando sus armas primitivas, lamentaron amargamente haber tomado parte en semejante aventura, más no les quedó tiempo para buscar una escapatoria por donde salirse. Los más exaltados eran los amos de su destino y conducíanlos á donde lo había querido la Reina del Aquelarre, á donde les había citado el *ban*. Estos últimos querían obrar de prisa; estaban tanto más urgidos cuanto que tenían necesidad de borrar con un acto de heroísmo el desgraciado momento en que se dejaron arrastrar á entablar negociaciones con Brixen. Por último la noticia de la muerte del príncipe heredero les hacía perder la cabeza. Algunas palabras vibrantes, lanzadas de nuevo en todos los idiomas del imperio por la Reina del Aquelarre, acabólos de precipitar en el precipicio que se abría ante sus piés.

La iglesia de los Agustinos fué construída en el siglo catorce; es un vasto monumento gótico no exento de belleza. El extranjero no deja nunca de ir á visitar en ella la Capilla de Nuestra Señora de Loreto donde se hallan las urnas de plata que contienen los corazones de los emperadores y emperatrices de Austrasia, mas el artista siéntese atraído especialmente por la tumba de María Cristina, hija de María Teresa, formado por enorme pirámide de mármol blanco en que Canova esculpió unas figuras del dolor, muy tristes y encantadoras llorando á la puerta de una bóveda funeraria.

Aquella puerta de la Muerte reproducida después por algunos escultores, y no de los más insignificantes, parece conducir al seno de la tierra y también parece que por el oscuro corredor que se abre en la muralla se encaminan hacia el infierno los grupos alegóricos, de largos mantos de duelo... La escultura toda está encerrada por una verja, á la cual ató Stella su Dario de cascos resonantes sobre las baldosas y encomendólo á la vigilancia de Magno y de Juanillo. No ha llegado aún el momento de detenernos á examinar el estado de alma de Juanillo que, sin embargo, podemos asegurar no era muy brillante.

Por orgulloso que siempre se había mostrado el aprendiz relojero ó ayudante de farmacia de pertenecer á la raza bohemia, es lo cierto que en aquel momento hallábase aterrado de encontrarse en medio de esos *hassei* y disminuía el entusiasmo que experimentaba por su propio origen. Todas aquellas gentes infundíanle terror, tanto la Reina del Aquelarre, como la iglesia y esa tumba cuya puerta daba acceso á la morada de los muertos.

De pronto, Juanillo que justamente estaba mirando esa puerta, ese gran hueco cuadrado, lúgubre, al borde del cual se inclinaban las blancas estatuas, creyó ver una sombra que se movía. Mas ¿cómo podía moverse allí una sombra?... *En las tumbas todo es inmóvil!* Creyó que era juguete de su imaginación siempre en movimiento.

En aquel momento resonó un aplauso bajo las bóvedas de la iglesia. Volvióse y distinguió á Stella en medio de sus bohemios. Por sobre las cabezas agitaba una antorcha encendida é indicaba á los delegados los primeros escalones de una escalera que se hundía entre la tierra.

La Reina del Aquelarre acababa de abrir á los delegados la puerta del subterráneo que da acceso á la capilla de la Corte; llamada aún la capilla de los muertos. Y los conjurados se veían ya en el Burg, en el centro del patio. ¿Acaso no serían dentro de pocos minutos los amos del palacio y los amos del emperador?

Aquel paso abríase á la derecha del monumento de María Cristina, á pocos metros del lugar en que se hallaban Magno y Juanillo.

Los delegados iban ya á meterse en el subterráneo cuando una voz timorata preguntó:

— ¿Dónde está Reginaldo?

La Reina del Aquelarre enseñó el subterráneo, y segura de su mentira respondió á los traidores que había resuelto perder.

— Allí está!

Luego sacó de entre el seno el « Reloj Rojo » y colcándolo, junto á la llama, exclamó:

— Mirad el reloj. ¿A qué hora os dió cita Reginaldo?

— A las dos y cuarto, respondieron los conjurados.

— Falta media hora, replicó Stella. Dentro de media hora Reginaldo os conducirá ante el emperador! Habéis llegado con media hora de anticipación, sois gentes de bien, vuestro *ban* estará contento!

— ¿Dónde hallaremos al *ban*? interrogó de nuevo la voz timorata.

— En la extremidad del subterráneo, de centinela en el umbral de la capilla de los muertos.

— ¿Por qué no bajas con nosotros? preguntó la misma voz.

— Bajaré con vosotros si tenéis miedo! replicó la Reina del Aquelarre, y bajaré sola si vosotros no queréis bajar. Mas había convenido con el *ban* que él marcharía á la cabeza y que la Reina del Aquelarre

guardaría la retaguardia para asegurar vuestra retirada con los « Piojos » del mar!

— Tiene razón! Tiene razón!... exclamaron algunos delegados.

— Y ahora, adelante!... ordenó la Reina del Aquelarre!

Toda la pandilla de bohemios ululó: « Adelante »!...

Los delegados aterrorizáronse al ver á aquella horrible tropa pronta á ponerse en movimiento y precipitarlos en el subterráneo y remorcarlos como despojos de su onda inmunda.

— Quédate aquí con los bohemios, dijéronle á Stella, que vamos á reunirnos con Reginaldo.

— El os espera!... repitió ella con salvaje alegría... El os espera!

Los delegados y demás concurrentes á la *bodega* bajaron apresuradamente al subterráneo y ellos mismos se tomaron el trabajo de cerrar la puerta, pues mucho era lo que temían el excesivo celo de sus aliados. La puerta de bronce, al cerrarse, resonó lúgubrementemente.

Aunque aquel subterráneo era frecuentado por la corte cuando venía á asistir á las grandes ceremonias oficiales, no por eso era menos fúnebre. Helado, húmedo, embaldosado con mármol, amueblado y ornamentado tan sólo con placas é inscripciones que recordaban los restos reales que habían encontrado los obreros al abrir esa vía misteriosa. Olía aquello á tierra de necrópolis y tenía aspecto de catacumba. Los conjurados se hallaban allí como en una especie de antecámara de la muerte. Para guiarse por aquel laberinto, uno de los conjurados había tomado de manos de Stella la antorcha encendida que iluminaba lúgubrementemente aquellos muros sombríos.

En esa forma llegaron hasta la mitad del subterráneo sin tropiezos y allí encontráronse frente á una puerta. Reinaba en torno de ellos un prodigioso silencio. Detuviéronse, ansiosos. No les habían dicho que en la mitad del subterráneo había una puerta cerrada. ¿Se verían obligados á retroceder? La puerta era de bronce y muy pesada. Empujáronla sin mayor ilusión y se abrió enseguida.

Sus débiles y trágicos corazones, capaces de inmediata fidelidad y de súbitas traiciones, tranquilizáronse inmediatamente, pues tras de aquella puerta y á la luz de la antorcha reconocieron á un sujeto que parecía esperarlos con tranquilidad.

Aquel hombre vestía con incomparable nobleza el uniforme de *ban* de Croacia.

Era Reginaldo.

V

LA MISA DE LOS MUERTOS

Acudieron hacia él.

Con una palabra y una señal ordenóles que apagaran la antorcha y guardaran silencio.

Siguiéronlo á tientas. Conducíalos Reginaldo á la luz vacilante de una lámparita suspendida en la puerta que daba acceso á la capilla de la corte.

Y mientras continuaban marchando en pos de Reginaldo no pudieron advertir *que la puerta que hallaron abierta en la mitad del subterráneo se había cerrado tras ellos.*

Algo así como cincuenta sujetos estaban encerrados en el estrecho y corto pasadizo del subterráneo recto que se extendía entre la puerta de enmedio y la puerta de la capilla de la corte sin que se dieran cuenta de ello. Reginaldo también lo ignoraba y aunque poseía las llaves de las dos puertas de las extremidades del subterráneo, no poseía la de la puerta de enmedio. Uno de sus amigos del *Aula*, que sostenía muy buenas relaciones con la hija del sacristán de San Agustín, hábale procurado las llaves del subterráneo de la corte.

El estudiante, al apoderarse de las llaves, imaginó tan solo una broma divertida. Reginaldo, tan pronto como las tuvo en su poder, concibió la idea del *complot* más audaz que haya amenazado al imperio : apoderarse del emperador!... porque su propósito secreto iba hasta allá, si el emperador, confrontado con los delegados federales no contraía los solemnes compromisos y no daba las prendas que se le exigirían.

Pronto sabremos cómo escapó Reginaldo al narcótico preparado por Málaga y cómo, en momentos en que Stella lo creía á cubierto de cualquier aventura peligrosa, hallábase dentro del subterráneo, donde había dado cita á los Señores Delegados. También él encontró en el subterráneo la puerta de bronce y con sólo empujarla le franqueó el paso.

Tranquilamente púsose á examinar el patio antes de la llegada de sus cómplices.

No dejó de contrariarlo aquel examen y si queremos conocer la razón de tal contrariedad, sigámoslo en compañía de sus cómplices hasta la lucecita que ya señalamos y que marca la extremidad del subterráneo en la dirección de la capilla de la corte.

Allí se encuentra una escalera que les será forzozo subir así como tuvieron que bajar por la de la entrada. Mas en esta ocasión sólo se trata de unos pocos escalones para llegar hasta la puerta que da acceso á la capilla de la corte. La tal puerta tiene la parte de arriba labrada y los barrotes torcidos se entremezclan formando rosetones y rombos como en las ventanas y puertas del más exagerado estilo gótico. Por los intersticios de aquellos ornamentos de hierro pasa la débil luz (oh! cuán débil) que ilumina ese rincón del subterráneo. Y por allí también pueden ver los conjurados cuanto sucede en la capilla.

Y sucede que en la capilla ocurre algo muy importante : no está desierta, como lo creían Reginaldo y sus amigos. Un sacerdote con casulla vela en medio del coro; un cirio arde junto á él.

... El sacerdote vela y ora... Se halla de rodillas frente á algo que no se distingue muy bien, pero que se halla cubierto con un amplio velo negro.

Es tanto más singular el acontecimiento que la capilla no sirve — y jamás á semejante hora — sino dos ó tres veces por año, para ciertas ceremonias conmemorativas y fúnebres, pues la capilla de la corte es aún denominada *capilla de los muertos* por estar allí enterrados ilustres personajes cuya memoria es cara á todo súbdito austriaco. El emperador Leopoldo, extendido en su sarcófago, duerme su sueño de mármol bajo la atenta protección de la religión enlutada. A su vera, en el pavimento, una placa tumularia indica las cenizas del famoso médico de María Teresa, Van Swieten; y seguramente podrían los conjurados admirar las elegantes líneas del monumento elevado por María Teresa al feld mariscal Dann, libertador de su patria, si no se hallara entre ellos y el monumento aquel extraño objeto cubierto con un velo negro...

... que tenían enfrente...

... ¿ Disimulaba aquel velo algún ataúd? ¿ algún catafalco?

¿ Y por qué se hallaba allí y á tales horas, aquel sacerdote? No, no! no es aquella hora á propósito para orar, ni siquiera por los muertos. Reginaldo llamó á unos cuantos y díjoles :

— Es preciso saber qué hace allí ese sacerdote. Vamos á preguntárselo. Es preciso saber qué han puesto bajo ese velo negro y para saberlo vamos á levantarlo. Os he esperado con ese objeto. Que todo se

haga con dulzura y sin ruido. Atención! Voy á abrir la puerta!

Introdujo la llave en la cerradura y ya se preparaba á abrir la puerta cuando se produjo un nuevo incidente.

Dos acólitos salieron de la sacristía y subieron al altar mayor donde empezaron á disponer los objetos del culto.

Cómo! ¿Iban á decir misa á esas horas?

Los conjurados contemplaron aquellos preparativos con gran desilusión.

Parecía evidente que se iba á celebrar una ceremonia. Quizás, después de todo, aquella noche celebrarían alguna conmemoración ó alguna manifestación religiosa de la cual sería pueril inquietarse. Como lo había dicho Reginaldo, aquel contratiempo iba á retrasarles la ejecución de su propósito, mas sólo se trataba de armarse de un poco de paciencia.

Reginaldo ordenó silencio absoluto. Sólo se escuchaba el ruido de los pasos de los acólitos al caminar sobre las baldosas, lo cual no era muy terrifico.

Y además los conjurados eran numerosos y los acompañaba el *ban*.

Podían esperar y esperaron durante más de media hora.

El sacerdote de rodillas ante el velo negro continuaba orando. De pronto se levantó, tomó el cirio y penetró en la sacristía.

Los conjurados siguieron al sacerdote con la mirada hasta la puerta de la sacristía, cuando este hubo desaparecido, asombráronse sobremanera al ver tras del velo negro á dos oficiales bosnios, de pie con los brazos cruzados, sin armas y con el uniforme azul, de cinturón amarillo y bonete rojo.

¿De dónde venían esos oficiales, de dónde habían salido, qué demonio los enviaba?...

Esforzaronse los conjurados por ver cuanto sucedía en los rincones más apartados de la capilla y por último lograron distinguir tras del velo negro y no obstante la penumbra que las envolvía, dos estatuas de santos colocadas de lado y lado del monumento del feldmariscal Dann.

... Dos estatuas que de pronto se movieron, apartáronse del monumento y dirigieronse hacia el velo negro donde los saludaron militarmente los dos oficiales bosnios.

Inmediatamente algunos de los conjurados reconocieron á las dos estatuas en movimiento.

En el subterráneo pronunciaron con voz imperceptible estos dos nombres :

— Leopoldo Fernando!... El Principe Rojo!...

Entonces dijo alguien :

— Falló el golpe. Vámonos!...

Mas Reginaldo anunció que le levantaría la tapa de los sesos al primero que retrocediera é hizolos pasar adelante de él.

Dijoles además Reginaldo que ningún daño les causaría asistir á la misa y que cuando se estaba á punto, como lo estaban ellos, de ejecutar una acción que tenía mucha semejanza con el crimen de lesa majestad, era preciso aprovechar la ocasión para pedir perdón anticipado á Dios.

Algunos sonrieron pues, después de todo, nadie sabía que se hallaban allí. Confundiólos la sangre fría de Reginaldo. Los conjurados que ocupaban los escalones más altos miraron de nuevo hacia la capilla donde se oía algún ruido.

Acababa de entrar un cortejo.

Los Magiares de la bodega pudieron reconocer á los guardas húngaros, cuerpo organizado especialmente por la corte de Austrasia y escogido entre antiguos oficiales del ejército pertenecientes á la aristocracia que mantenía siempre á su lado con bastante coquetería pues era evidente que no podía dudarse de su lealtad si se tienen en cuenta los privilegios y favores con que los compraron. Desfilaron con la cabeza en alto, ademán de parada, uniforme rojo todo, ricamentè bordado y galoneado de plata, con botas flexibles de cuero color de mantequilla fresca y kolback coronado por un penacho blanco. Como complemento cubríales el hombro izquierdo una piel de leopardo que se abrochaba sobre el pecho con una placa que ostentaba las armas de Hungría.

La aparición de aquella guardia, lejos de amedrentar á los conjurados, tranquilizólos. Pensaron que si la corte hubiera tenido noticia de la conspiración y hubiera resuelto acabarla por medio de la violencia, no habría escogido como instrumento de su voluntad á esa guardia húngara que se hallaba unida á ciertos delegados federales por muchos recuerdos y tradiciones.

Los guardas húngaros alineáronse en la extremidad del coro, tras del velo negro, y luego volvió á reinar el silencio en la capilla. ¿Qué esperaban? Transcurrió un cuarto de hora más. Era visible que tanto Leopoldo Fernando como el Príncipe Rojo se impacientaban.

Por fin salieron de la sacristía el sacerdote y los diáconos.

A la cabeza de la procesión veíase á un capuchino de barba negra, acompañado por un monje y por un acólito, con un hisopo en la mano. El acólito llevaba una jofaina de agua bendita. Al llegar ante el velo negro,

detuviéronse los tres, dando la cara á los conjurados, á quienes no podían distinguir. Y cosa curiosa, el capuchino de barba negra sumergió el hisopo entre la jofaina de agua bendita que traía el acólito y alargando el brazo trazó en el espacio con doble ademán la señal de la cruz y lanzó el agua bendita que vino á caer en abundancia sobre Reginaldo y sus compañeros. Y sintiéronse transidos por aquella agua con que se santiguan los vivos y *con que rocían á los muertos*.

Pasado lo cual el capuchino tornó á su puesto y el oficiante subió al altar.

Los que se hallaban en el subterráneo asombráronse de no ver á ninguna persona de la corte asistiendo á la misa y tan sólo á Leopoldo Fernando y al Príncipe Rojo de pie é inmóviles ante la guardia húngara como si estuvieran de servicio.

¿Con qué objeto se celebraba aquella misa?

De pronto resonaron las palabras :

— *Requiem æternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis!* Señor, dadnos el reposo eterno y que la eterna luz nos ilumine! ..

La misa que se celebraba era la misa de los muertos.

Una voz temblorosa dijo :

— Celebran una misa por el reposo del alma del Archiduque Adolfo y ese velo cubre seguramente los restos del desdichado príncipe!

Y la misma voz explicó, para tranquilidad de cada cual, que no debían extrañarse de que se celebrara secretamente una misa en la capilla del Burg la noche del día en que habían asesinado al príncipe heredero. Respiraron los conjurados, pues comprendieron que corrían un peligro menor del que supusieron cuando vieron surgir ante ellos al rey de Carintia y al Duque de Bramberg.

Y repitiéronse mutuamente, apretándose las manos como gentes fuertes y leales que tienen absoluta confianza en sí mismos :

— Es una misa por el reposo del alma del Archiduque Adolfo!

Mas una voz distante que más bien agonizaba que hablaba, se oyó en el fondo del subterráneo :

— No hay tal! es una misa de muertos en nuestra intención! Estamos encerrados!...

— ¿Cómo? ¿Qué dice? ..

— Digo que celebran una misa de muertos en nuestra intención!

El que así se expresaba había logrado escapar entre la oscuridad á la vigilancia de Reginaldo. Había echado pie atrás con la intención de huir y había encontrado cerrada la puerta de bronce; apresurábase á comunicar á los demás la infausta nueva.

Reinó en el subterráneo un silencio mortal y luego oyóse la voz irritada del *ban* que decía :

— No estamos encerrados mientras podamos marchar hacia adelante! Tengo en mi poder la llave de la puerta de la capilla y además tenemos nuestros kándjars.

La voz que se oía en el fondo del subterráneo escuchóse de nuevo :

— La misa de los muertos la están diciendo por nosotros. Estamos encerrados!

Entonces prodújose un tumulto de todos los conjurados hacia atrás buscando una escapatoria. Reginaldo escuchaba el ruido vano de sus esfuerzos y sus cobardes gemidos. Y valerosamente, tranquilamente, á pesar del furor que empezaba á galopar en sus venas pensando en que lo habían traicionado, trató de abrir la puerta que daba acceso á la capilla de los muertos,

pero la puerta no cedió. Sin duda ninguna se hallaban en una tumba y oraban por ellos.

— *Requiem æternam dona eis, Domine!*

En el mismo momento cayó el velo negro y el rey de Carintia y el duque de Bramberg desenvainaron sus sables. Reginaldo pudo ver lo que hasta entonces le había ocultado aquel velo é interésóle de tal manera que llamó á sus compañeros que aun rondaban entre la oscuridad pronunciando maldiciones. Acudieron impulsados por suprema esperanza, precipitándose, pasando los unos sobre los otros, conteniéndose, desgarrándose para ver primero.

Y vieron á algunos pasos de distancia, listos á escupir su metralla, dos cañones con sus cañoneros!

Inmediatamente oyóse una orden gritada por el Príncipe Rojo y la puerta del subterráneo que daba acceso á la capilla de los muertos, la única puerta que separaba á los conjurados de la muerte, giró lentamente sobre sus goznes y se abrió...